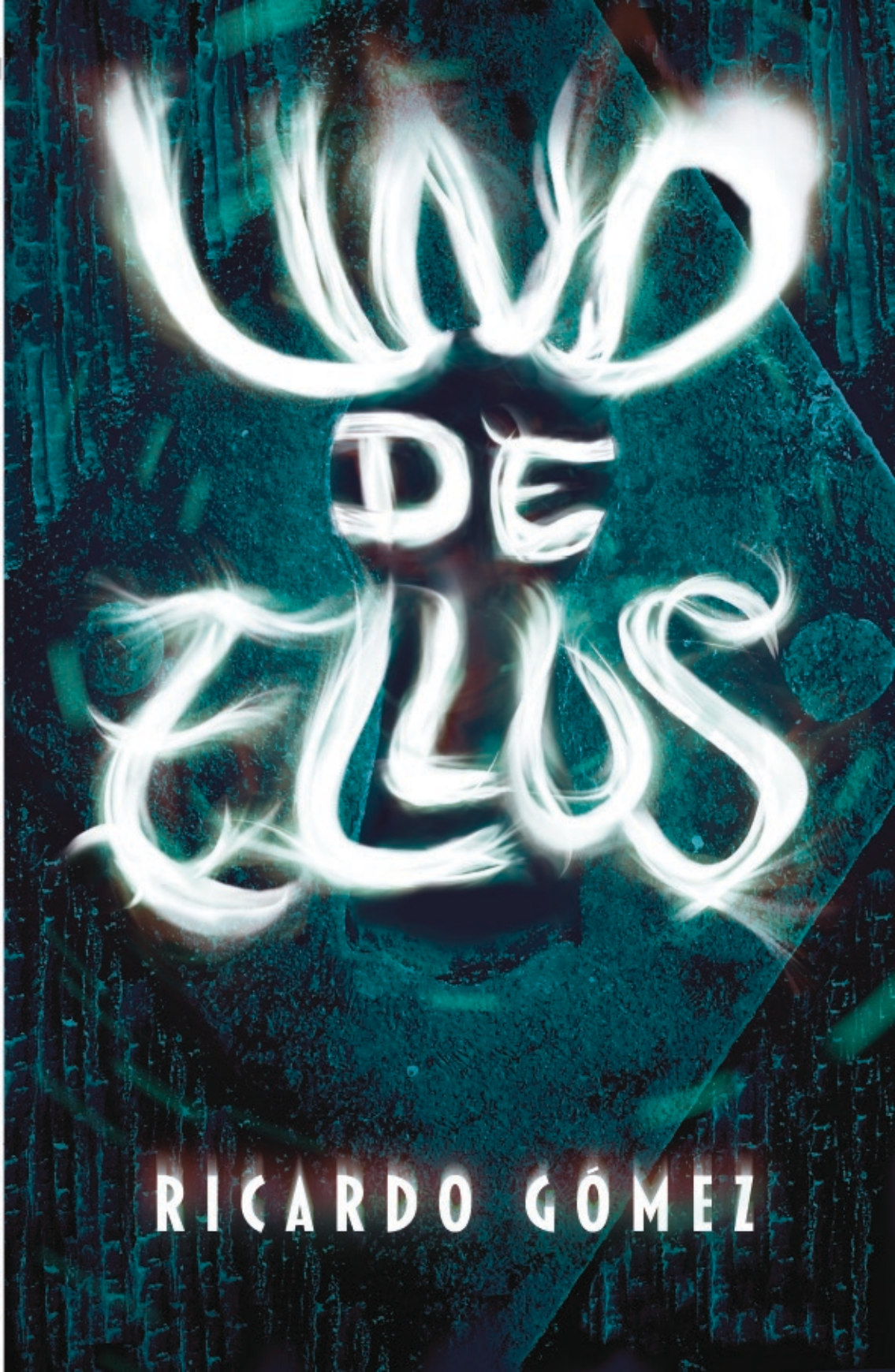


The background is a dark, textured surface, possibly a book cover or a wall, with a diagonal line running from the top right towards the bottom left. In the center, there is a faint, stylized face or mask, which appears to be a negative space or a subtle pattern. The title "UNO DE NOS" is written in a large, white, cursive script across the middle of the image.

UNO DE NOS

RICARDO GÓMEZ



GRAN
ANGULAR

Uno de *ellos*

RICARDO GÓMEZ





fundación sm

La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en
www.fundacion-sm.org

LITERATURAS**SM**•COM

Primera edición: septiembre de 2018

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Carla Balzaretti
Coordinación gráfica: Lara Peces
Cubierta: Julián Muñoz

© del texto: Ricardo Gómez, 2018
© Ediciones SM, 2018
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-9107-943-9
Depósito legal: M-19883-2018
Impreso en la UE / *Printed in UE*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Comenzaron invadiendo el piso de arriba en silencio, sin hacer apenas ruido, y cuando nos dimos cuenta ya era demasiado tarde. Si solo hubieran sido tres o cuatro, mi padre se habría ocupado de *ellos*, pero eran muchos, tal vez decenas o cientos. En pocos días desde que empezó aquello no nos quedó más remedio que huir, apenas con tiempo de coger lo imprescindible. El coche no había llegado aún a la verja de la entrada cuando una gran llamarada surgió de la casa y, al poco, la envolvió entera. Mis padres perdían lo que habían edificado con tanta ilusión, pero con eso terminaba aquella pesadilla.

Viajo en el asiento trasero del coche, y por el retrovisor veo tras de nosotros destellos anaranjados sobre el cielo aún oscuro. También percibo el rostro serio de mi padre, y oigo el suspiro de alivio de mamá. Intento imaginar cómo se las habrá apañado mi padre para que aquello estallase al poco de salir. Una vez más, admiro su sangre fría, su iniciativa y su valor a la hora de protegernos a mamá y a mí. Debía de estar agotado. Llevábamos dos o tres noches sin dormir.

Mi madre debe de pensar lo mismo que yo, porque acerca su mano a su rostro y dice mientras lo acaricia:

—Tranquilo. Mejor así. ¿Estás bien?

Mi padre asiente y esboza una sonrisa. Luego, mi madre se dirige a mí, volviendo la cabeza:

—Hijo, recuéstate y trata de dormir un rato. El viaje será largo.

Obedezco. Veo que el cielo comienza a clarear y que mi padre conduce deprisa, demasiado para una carretera tan estrecha, aunque a esas horas apenas hay tráfico. Me siento agotado y, aunque quiero enterarme de su charla, hecha entre bisbiseos para no molestarme, los párpados me pesan como si fueran de piedra. Apenas pegué ojo la noche anterior, y las previas fueron aterradoras.

Debo de haberme quedado dormido, porque la luz de fuera es ahora más intensa. Quizá he hablado en voz alta antes de despertar, porque mi madre está girada hacia mí, como escuchándome con atención. Mi padre sigue al volante, pero no sé qué hora es. Por la altura del sol deduzco que no muy tarde, pero me da pereza incorporarme para ver el reloj del salpicadero. Debemos de estar ahora en una carretera general, porque por la ventanilla veo pasar cerca la parte superior de algún camión. Al cabo de un rato, oigo que mi madre dice:

—Para, por favor. Me sentaré detrás, con él.

—¿Segura?

—Sí. ¿Estás bien para conducir? ¿No te apetece parar un rato y echar una cabezada?

—Estoy bien. Descansaremos en la siguiente estación de servicio. Lo que necesito es un café.

El coche para en el arcén y mi madre sale y pasa a mi lado. Me incorporo y le hago sitio, pero vuelvo a tumbarme apoyando mi cabeza en su pierna. Me susurra: «Duerme, duerme...», y se entretiene acariciando mi sien, como recuerdo que hacía cuando era pequeño y me invitaba a dormir. Siento calientes las yemas de sus dedos.

Cierro los ojos. Me estoy haciendo pis y me arrepiento por no haberlo dicho un poco antes, cuando mi padre detuvo el coche, pero recuerdo el propósito de parar pronto y callo, contagiado por el deseo de mis padres: huir lo antes posible, lo más lejos posible, de aquella casa maldita. Antes de que nadie pueda descubrir lo ocurrido allí. Intento apartar el

recuerdo de los últimos acontecimientos, lo que no es difícil, porque de nuevo me envuelve el sueño, un sopor irresistible.

Nos hemos detenido. Mientras mi padre llena el depósito, mamá y yo entramos al bar. Ella también va al baño con prisa, después de preguntarme si me atrevo a pasar solo al servicio. Le respondo que sí, a pesar de que no me apetece abrir aquella pesada puerta, que me recuerda a otras. Cuando lo hago, compruebo con alivio que no hay nadie y me encierro en una cabina, asegurándome de que el cerrojo queda bien echado aunque me duele el vientre de tanto aguantarme. Hago pis como las chicas, sentado, con los ojos fijos en la puerta, temiendo que *ellos* la atraviesen, aunque estamos lejos y la explosión y el incendio seguramente habrán acabado con todos.

Tengo la sensación de estar dentro de una película. La camarera, una mujer mayor, no nos pierde ojo mientras devoramos un bizcocho reseco. Debemos de tener aspecto de fugitivos, y exactamente eso es lo que somos. Mi padre, con la barba de días anteriores y las deportivas y la cazadora tiznadas de hollín. Mi madre, despeinada y con ojeras, cargada con un bolsón negro que no combina con sus viejos pantalones violeta y un chaquetón gris. Yo, con ojos enrojecidos como de haber llorado, algo que me sorprendió cuando poco antes me vi en el espejo... Por suerte no nos pregunta nada, ni cuando mi madre se acerca a encargar unos bocadillos y unas latas de refresco, que la camarera mete en una bolsa y cobra sin dejar de echarnos ojeadas furtivas. En ese momento, casi me divierte pensar que, al salir, esa mujer llamará a la policía comunicando vagas sospechas de un secuestro.

Mamá ofrece ponerse al volante después de insistir en que mi padre necesita dormir un rato, pero sé que él no aceptará. Lleva tantas horas protegiéndonos que no permitirá dejar el coche en manos de mi madre sin su vigilancia. Él cede después de que ella utilice un argumento convincente:

—Prefiero que te ocupes tú del mapa. Ya sabes que me mareo cuando leo en el coche, así que no te sería de utilidad.

Era cierto: mi madre se mareaba si lee en el coche, pero no entiendo lo del mapa. El recorrido desde la finca hasta nuestra casa lo hemos hecho por lo menos una docena de veces, e incluso yo podría haber indicado el camino sin ayuda, pero pienso que mis padres quizá tengan el propósito de ver al tío Marco, para contarle lo ocurrido, y la forma más rápida de llegar sea viajando por carreteras secundarias. Después de todo, la finca donde había sucedido todo aquello era del abuelo. «Estás loco, ese lugar está maldito», le decía mi tío cuando se enteró de que pretendía rehabilitar la casa. Esa conversación, que entonces escuché casi por casualidad, había vuelto a mi memoria al día siguiente de empezar *aquello*.

Vuelvo a tenderme en el asiento trasero. No quiero dormir ni recordar lo ocurrido, pero las imágenes de aquellos días vienen sin que pueda hacer nada por evitarlo. Nadie imagina lo que es el miedo hasta que lo siente de verdad.

La luz es una bendición... Todo parece inocente a la luz del día o cuando las bombillas están encendidas. Sin embargo, en la oscuridad las cosas no son lo que creemos. Los objetos normales (la cama, la mesilla, un sillón...) no tienen la capacidad de cambiar de sitio ni de adquirir vida propia, pero hay *otras cosas* que habitan las tinieblas, lo sé por experiencia. ¿Quién asegura que al apagar la luz, a pocos centímetros de ti, no hay *nada*, no hay *nadie*? No puedes saberlo hasta que no sientes su aliento, su calor, su roce... Un crujido inesperado puede anunciar su llegada. Una corriente de aire, un escalofrío, que ya están a tu lado.

Mi madre conduce despacio.

Del asiento de al lado solo me llegan los roces al pasar las hojas del mapa de carreteras, y leves bisbiseos de confirmación acerca de la ruta seguida. Mis padres no hablan. Ya lo habían hecho mucho los días anteriores, y discutido bastante, por mi culpa. Al comienzo me hicieron responsable

de la muerte de Sawyer, pero cuando descubrieron la verdad se sintieron avergonzados, mi padre sobre todo, y me pidieron perdón. Creo que sus esfuerzos, su empeño en que sobrevivieramos, tuvo que ver con su deseo de compensarme por su primera acusación.

«Yo no he sido», les decía una y otra vez. «Yo no tuve la culpa», repetía.

Acabaron creyéndome, claro. Pero ya era tarde.

La cosa comenzó con un sonido, una especie de goteo en el piso de arriba. Un *ploc, ploc* al principio inocente, rítmico, como de agua cayendo, que sonaba a intervalos. Ya en ese momento me extrañó, porque no llovía, y tardé mucho en dormir. Debía de ser de madrugada cuando me levanté al baño. Todo estaba oscuro y había un profundo silencio; ni siquiera se oía *eso*. Al ir a encender la luz, noté como si unos dedos gélidos recorrieran mis pantorrillas y me quedé paralizado, con la mano a pocos centímetros del interruptor. Confieso que mojé un poco el pantalón del pijama y por eso no quise contar nada a la mañana siguiente. Corrí al baño en la oscuridad y, mientras acababa de hacer pis, tuve la sensación de que alguien respiraba cerca de mi oído. Volví a la cama y me metí bajo las sábanas. El *ploc-ploc* se hizo más grave y rápido: imaginé los dedos de una mano tamborileando hacia la derecha de mi cabeza, en el cajón de la mesilla. Sonó un minuto o así. Luego, paró.

Pasé el día tratando de saber si aquello había sido solo una pesadilla. Escondí el pantalón del pijama bajo la cama esperando que se secara, y cada poco recordaba ese gusaneo en mis pantorrillas, tan vívido que de vez en cuando me levantaba las perneras del pantalón para saber si había dejado huellas. Hasta la tarde no ocurrió nada importante. Mi padre cortó leña. Mi madre preparó comida, que tomamos junto al río. El perro se tiró al agua y jugó persiguiendo un pez. De no ser por mi cansancio, por la sombra de aquel sueño y, sobre todo, por lo ocurrido poco después, el día habría sido feliz.